

La edad de Hierro*

Alegría para un gentilhombre

Si hay Dios, Dios sabe cuánto me alegra que el entusiasmo general haya por fin situado a la persona y a la obra de José Hierro en el espacio del reconocimiento y de la admiración, en el espacio lleno de aire puro donde habitan los clásicos. Salvo la envidia, el resentimiento y otras variantes de la infelicidad, todo el mundo en nuestra cultura celebra ya la figura de José Hierro como uno de los acontecimientos más altos del lenguaje poético en lengua castellana en nuestra época. Quienes hace ya un cuarto de siglo que pensamos así nos sentimos reconfortados, sentimos el alivio de la justicia. Quizá también sentimos la vanidad de haber tenido más razón que quienes no supieron leerlo. Ese pleito ya terminó. Hierro está ya en el sitio que se merece, uno de los lugares destinados únicamente a los verdaderos poetas: aquellos que, a fuerza de servir al idioma, acaban agrandándolo. Muchas páginas suyas, con su grandeza pudorosa, han acabado por hacer más lujoso y más misterioso al lenguaje poético español. De modo que la gratitud hacia Hierro ya no nace tan sólo en sus lectores fervorosos, sino en todos los lectores de poesía en español, aunque desconozcan a Hierro. El tono de voz, los sonidos poéticos que Hierro ha venido agregando a la partitura de nuestro idioma, suenan ya en el espacio del idioma español, no tan sólo en sus propios libros. Hierro no es ya una obra poética: es parte de la sinfonía de la poesía en lengua castellana. Hierro no es ya tan sólo nuestro hermano mayor: es nuestra herencia. Al leerlo, ya no leemos únicamente las páginas de José Hierro: leemos uno de los instantes en los que la patria de los hispanohablantes («la morada del ser» le llamó al lenguaje un filósofo) es infinitamente acogedora, el lugar de la revelación y del consuelo: el sitio en donde habitan la piedad y la fraternidad. El idioma es un prodigio. El lenguaje poético, un milagro. Ese milagro se produce en España e Hispanoamérica a causa de que muchos millones de criaturas anónimas vienen desde hace siglos pasándoles la lengua a las palabras, lamiendo las palabras como se lame la piedra de sal; y a causa también de la genialidad de unos cuantos centenares de capitanes de la expresión poética. José Hierro es uno de esos capitanes.

* El día 3 de abril José Hierro cumple setenta años. Estas páginas son un abrazo.

Todo el mundo cultural ya lo sabe y casi todo el mundo lo proclama. Ante este reconocimiento, José Hierro se siente desvalido. Su pudor es casi feroz.



Me he preguntado muchas veces (se me ha pedido que en estas páginas destinadas a un libro de celebración me consienta a mí mismo no renunciar ni al descaro ni a la memoria, ni eluda el ejercicio de espantar los abusos de la objetividad; se me ha pedido, en fin, que no contrarie a mis hábitos confesionales ni a mi talante impudoroso), me he preguntado muchas veces qué nos dice José Hierro con su fiero pudor, con su casi maniática humildad. No tengo duda alguna de que el pudor y la modestia de José Hierro forman parte de la tensión de su moral, son como sigilosas certidumbres de su conciencia. No tengo duda alguna de que cuando se escandaliza ante nuestros elogios es completamente sincero. No acepta nuestros deslumbramientos ante su obra, desvía la conversación, huye de los elogios como si él sintiese que no ha merecido ninguno. A veces, tanto pudor, tanta modestia nos resultan incómodos. Al fin y al cabo, si ha escrito páginas espléndidas, su deber es aguantar la admiración que ellas suscitan, aguantar a pie firme. Y justamente eso es lo que no se consiente. Es imposible hacerle a José Hierro un elogio completo: a la mitad, nos ha dejado con el elogio inerme colgando de la boca, mientras él se ha asomado al rincón de las botellas para hacernos probar un blanco de La Mancha o un rioja justo de grado de alcohol y de grado de azúcar. Se ha acorazado en su modestia y nadie logrará atravesar esa coraza. A menudo, ese talante suyo, ese ascetismo que impone en la amistad, nos incomoda. Pero lo que me inquieta es que no acabo de saber qué es lo que nos confía con las sílabas del pudor, con las minúsculas de la modestia. Hierro piensa sobre sí mismo con minúsculas. Hay algo en todo esto que se emparenta con la mendicidad. ¿No es verdad que los mendigos nos parecen diminutivos? Las palabras diminutivas no parecen andar de pie, sino caminar de rodillas. Hay la seria sospecha de que quien, en poesía, camina de rodillas, llega un poco más lejos. De rodillas y convirtiendo a los diminutivos en palabras majestuosas, se ha llegado lejísimos en dos grandes momentos de la poesía española: en el cancionero anónimo flamenco y en ciertos latigazos balsámicos de César Vallejo. En esas dos poéticas, los diminutivos, con tierra y sangre en las rodillas, desde muy lejos nos piden y nos dan una limosna. ¿La poesía es, también, dar y pedir limosna? ¿La poesía es, también, recuperar la urgencia de alma, la autenticidad y la inocencia del mendigo? José Hierro, con su pudor y su humildad, con los fastuosos andrajos de su desvalimiento ante nuestros elogios, ¿qué nos está diciendo? ¿que la poesía es un milagro y que el poeta es casual? ¿que el idioma es lo prodigioso y que el artista es lo afortunado pasajero? ¿La humildad de José Hierro, su orgullo diminutivo, es una severísima admonición moral? Cuando contemplo la soberbia mayúscula, la soberbia en versales, la soberbia con capitulares enormes de tantos poetas a quienes quizá les viene ancha la palabra

medianos, huyo despavorido al recuerdo de la modestia infernal de José Hierro, y allí me caliento las manos. En las obras de José Hierro el lector de poesía se calienta las manos, como si hubiese alcanzado a ser, por fin, el digno mendigo que no debió dejar de ser. Y en la conducta de Hierro, en sus diminutivos, en sus triunfos avergonzados, el colega de Hierro se calienta las manos en el calorcito de una succulenta sospecha: sólo es creador de idioma quien es servidor del idioma. La poesía es un milagro y nosotros somos casuales. El pudor de José Hierro es un estallido moral. También en esto tenemos que aprender de él: a todos nos faltan diminutivos y nos sobran versales, a todos se nos nota que nos faltan minúsculas. Mal sabremos dar si aún no hemos aprendido a pedir. Poca es nuestra riqueza si ya hemos olvidado nuestra mendicidad. ¿Adónde nos diseminará la cobardía de la ambición si ya hemos renunciado al coraje de la humildad?



No conozco a nadie en el mundo que me haya hablado del maestro Gerardo Diego con más admiración y más respeto que el poeta José Hierro. Durante varias décadas pesarasas y con frecuencia inmundas, la sabiduría de Gerardo Diego, su gozosa variedad, sus inmersiones súbitas en el océano del conocimiento poético, la joyería de sus deslumbraciones, [su pudor exquisito], la alegría submarina de sus tentáculos creadores, la exactitud de sus formas clásicas y de sus formas personales, toda esa herencia, durante varias décadas pesarasas y con frecuencia inmundas, fue por lo general arrojada del paraíso por espadas flamígeras que a veces eran navajazos de hielo. Durante décadas he escuchado, con el entusiasmo que destinamos al lenguaje de la justicia, el respeto y la admiración de José Hierro para con su maestro Gerardo Diego, aquel poeta tan erguido como su ciprés memorable. Un día, el viejo enjuto erguido se calló derribado por la muerte. Lo que sigue es confidencial: contaré el sonido, omitiré los nombres. Algunos miembros de la Academia de la Lengua, conociendo la frecuencia de mi amistad con José Hierro (¿puedo agregar: la frecuencia calendaria y la frecuencia de onda?) me pidieron que, de la forma más delicada, con todo sigilo emotivo, con la prudencia requerida, transmitiese al poeta la posibilidad de que ocupase el sillón que durante muchos años había honrado Gerardo Diego. La Academia ya había llevado a cabo anteriormente algunas tentativas para atrapar entre sus solitudinarias redes al poeta José Hierro, y siempre había rebotado contra el muro de la modestia: «¿Qué haría yo en la Academia? No serviría de nada. No añadiría nada. Yo no sé nada que la Academia ignore». Quienes le conocemos sabemos que eso que dice es lo que piensa —aparte de que no le complace vestirse de ceremonia ni asfixiarse con la corbata— y que no siente desdén alguno por la Academia, menos aún por sus amigos, bastantes de ellos académicos. Le transmití el recado: «¿Sentarme en el sillón de Gerardo, suplantar a mi maestro? ¡Faltaría más!»: así decía, lleno de gratitud y de resolución. ¿Cómo justifica, desde hace años, un ofrecimiento tras otro, esa resolu-

ción? «No serviría de nada, yo no sé nada que la Academia ignore... «La palabra clave es *servir*: José Hierro, el servidor de las palabras, el sirviente de las palabras, el criado en la casa de las palabras: las limpia, las ordena, las coloca en su sitio, y luego cierra las ventanas, entra sólo la luz del atardecer, la hora dorada melancólica: tras el servicio de José Hierro, tras el trajín de ese servidor de palabras, todo ha sido dispuesto y ordenado de un modo que, atardecidamente, suena música melancólica, suena, ya casi impersonal, casi inmortal, la palabra poética. El idioma español se ha concentrado y se ha quedado solemnemente desnudo ante nosotros, desnudo y limpio y bello como, según lo expresa el genio popular, «los chorros del oro». Cuando después leemos esos chorros de oro (oro es una palabra que en el código de José Hierro ha renunciado a su fastuosidad y ha, milagrosamente, alcanzado todo el otoño y buena parte del invierno que se aposentan en la mendicidad: oro ha dejado de ser un privilegio para alcanzar a ser una limosna) nosotros advertimos, bajo nuestras corazas —la vanidad, la ambición, la ofuscación de sumar triunfos en vez de sumar las limosnas—, el calorcito mendicante de nuestra propia desnudez, el coraje de nuestro desvalimiento, la majestad de triste oro de todos nuestros diminutivos y la grandeza de nuestras minúsculas: todo de pronto huele sagradamente a infancia y a verdad, todavía vivían los abuelos, los muertos platicaban de noche con los mayores, algo ha ocurrido que parece litúrgico: es más que comunicación, es más que conocimiento. Es el milagro. Es el poema. Todo eso gracias al trajín de un sirviente.



En José Hierro [a partir de aquí me traslado desde un texto anterior] comprobamos algo que sólo de tarde en tarde se produce: que la verdadera poesía es algo más que comunicación; ni siquiera la abarca la palabra conocimiento. Lo que sucede ante la auténtica poesía quizá se llame comunión: algo que junta la comunicación y el conocimiento, pero mezclado con una dosis de misterio que parece llegar directamente del manantial de lo sagrado. Sin ese disolvente al que de manera acezante estoy denominando lo sagrado, los otros ingredientes del poema —la comunicación, el conocimiento, la invención verbal, la belleza— no pasarían de ser grumos deshilvanados, materias primas sin elaborar, rasgos de un rostro al que faltase la iluminación. Es la palpitación de lo misterioso lo que da solidez al lenguaje poético. También le otorga duración y, a veces, inmortalidad. La obra poética de nuestro contemporáneo José Hierro es, lo repito, uno de los más altos acontecimientos del vasto idioma castellano en nuestro siglo. Y no tan sólo porque por la prehistoria de esa obra han caminado sigilosamente Lope de Vega y Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío y Antonio Machado (quien no tenga antepasados en la originalidad de su estilo no es un poeta, sino tan sólo un huérfano); también porque en la alquimia de sus devociones Hierro agregó tres ingredientes imprescindibles al poema: su historia —a la vez personal y colectiva—, la inocencia que precede a la historia, la autenticidad que aprieta la historia y la